

de la nave á pesar de haber sido levantado pocos años antes del 1032 en que fué consagrada por tercera vez la iglesia (1): los arcos de sus ocho capillas no presentan tampoco más que

(1) Las muchas consagraciones que de esta iglesia se hicieron en los dos primeros siglos de su existencia han dado lugar á errores que conviene desvanecer. Una nueva consagración no siempre significa la edificación de un templo nuevo; las más de las veces no supone sino el ensanche del antiguo ó una simple restauración. La última vez que fué consagrado este de Ripoll fué en 1032; mas de este hecho no cabe inferir que nada hay en él anterior al siglo xi. La obra de los abades Arnulfo y Guidiselo que fué consagrada en 977, la del abad Ennego que lo fué en 935, la del mismo Vifredo el Velloso que lo fué en 888 no han desaparecido aún del todo: sus huellas no han sido descubiertas por los historiadores del monasterio, pero lo serán indudablemente por los anticuarios modernos. No se necesitan muchos conocimientos sobre la historia del arte para apreciar la distancia que media entre la nave central interior y la fachada; entre las bóvedas y las paredes de la misma nave, entre la nave y el crucero. Mientras la fachada recuerda los más bellos días del arte en el siglo xi, la parte inferior de la nave nos sumerge en lo más oscuro y tenebroso de los siglos ix y x: mientras el crucero y el ábside detienen nuestra imaginación entre el estacionamiento del siglo x y el movimiento progresivo del xi, las bóvedas centrales la arrebatan precipitadamente á los primeros días de la revolución arquitectónica del xii. Los documentos no bastan ya por sí solos para la clasificación exacta de las obras monumentales: con los mejores documentos en la mano puede hoy el de mejor criterio incurrir en graves errores. Hacemos estas observaciones, porque no ignoramos que contra lo que decimos en el texto podrían citársenos documentos que han publicado los señores Marca y Villanueva (a).

(a) No participa de esta opinión el último de los historiadores del célebre monasterio, don José M.^a PELLICER y PAGÉS, en su copiosa monografía: *Santa María de Ripoll* (Gerona, 1878), pues afirma que el inmortal obispo y abad Oliva, príncipe de la casa condal, al plantear su pensamiento de la construcción del nuevo templo, arrasó lo existente y dió los nuevos cimientos en la vertiente terraplenada del monte San Roque (pág. 35).

Este mismo diligente autor, individuo de una de las dos familias ripollenses, las de Pellicer y Rager, que más se han distinguido por su amor al monumento y más han cooperado á su restauración, describe de la siguiente manera, apoyándose en datos, el suntuoso aspecto del templo el día de su consagración, 15 de Enero de 1032, fecha que ha venido celebrándose por los ripollenses como una de las más gloriosas en la historia de la villa:

«Grandes arcadas, cerradas con verjas de hierro, preceden al pórtico de Nuestra Señora ocupando el fondo la Portada, cuyo color de piedra variaba espléndidamente el dorado, minio, verde y azul celeste de sus múltiples relieves. Encima de la Portada aparecía una elegante ventana de dos arcos con ajimez, preludio de aquellos incomparables rosetones, ornamento el más suntuoso de los monumentos ojivales. La fachada terminaba en ángulo más agudo que en las antiguas construcciones.

«Á la derecha de la Portada se admira aún la prismática torre cuadrangular, con veinticuatro ventanales, destinada á campanario; á la izquierda aparecen los arranques de otra simétrica torre que se desplomó, al parecer, durante el terremoto del siglo xv, pues tenemos indicios de que su construcción no quedó en proyecto. Otra tercera torre menor que las anteriores, se levantaba en medio de la bóveda del crucero.

«El plano del templo forma una cruz latina, su parte transversal de 40 metros determina el crucero, en cuyo punto medio se admiraba el mosaico y el retablo de oro, dos bellísimos dones (perpulchra dona) que junto con la Portada describiremos aparte. Adornan los lados de la Capilla de la Virgen otras seis practicadas á la derecha é izquierda del ábside.

«La parte longitudinal del templo mide 60 metros. Contiene cinco naves de 9 metros de latitud la del centro, y de cuatro cada una las colaterales. Las bóvedas son de cañón, estribando la principal en dos firmes muros, apoyados á su vez en diez y seis gigantescas arcadas que ponen en comunicación las cinco naves. En la

una línea que se prolonga hasta el suelo por entrambos lados. Lo que verdaderamente contradice el carácter general del monumento son sólo las modernas naves laterales, faltas de todo

parte superior del muro una sencilla y severa galería, que circunda la nave principal y el crucero, modifica místicamente la luz con cristales historiados. Las naves colaterales, separadas entre sí, parte por machones, parte por columnas, terminan su elevación en la base de la galería que proporciona misteriosa luz al sagrado recinto.

«Las paredes están atestadas de versículos bíblicos alternados con profusión de ricas pinturas murales y sobre tabla. Los altares son siete, número de místico significado. El obispo Mirón *Bonifilio* y Oliva *Cabreta*, habían elevado 46 años antes en el templo de Cuxá, siete altares en honor de los siete dones del Espíritu Santo, «*juxta septem dona Spiritus Sancti septem in hoc templo erexerunt altaria.*» Oliva era abad de Cuxá, y apoderándose de la idea de su tío y de su padre, la reprodujo en el crucero de su basilica.»

Describe después el autor la Portada, cuyo simbolismo estudia, y el mosaico, obra del monje Arnaldo, en cuyo dibujo en rojo, amarillo y azul sobre fondo blanco, ve representada, en una parte la situación de *Santa María en la confluencia del Ter y del Fraser*, y en otra la victoria en el valle Ripollés de los cristianos contra el mahometismo, y dice del altar mayor que «consistía en una mesa de jaspe rojizo, apoyada en grupos primorosamente esculpidos, representantes de las luchas entre las pasiones y la razón. En los ángulos se levantaban cuatro esbeltas columnas destinadas á sustentar una especie de cúpula que por su forma semejante á una copa hecha con el fruto del nelumbo, se llamaba *Ciborium*. Un precioso velo, semejante al que Godmaro regaló el día de la primera dedicación, adornaba los intercolumnios y ocultaba el altar durante la consagración. Otro de rico brocado se veía sobre el ara, en recuerdo de los de color de sangre que los primeros cristianos extendían sobre la tumba de los mártires. Del centro del *ciborium* estaba suspendida una paloma de oro, en la que se guardaban las sagradas Formas reservadas á los enfermos.

«El retablo del altar era un exquisito trabajo de orfebrería cuajado de rubíes, carbunclos y otras piedras preciosas, en el cual se habían invertido ciento sesenta onzas de oro y gran cantidad de plata.

«Recordaba, por su valor intrínseco y artístico, el *pallio* ó frontal de oro de San Ambrosio de Milán, y la palla de oro de Venecia. Se componía de varios cuadros de la vida de la Virgen, cuyo asunto sería el que ostentaron las preciosas claves cuando las bóvedas de cañón fueron sustituidas por bóvedas ojivales. Nada más podemos añadir por haber desaparecido este incomparable tesoro en el siglo xv. Era anterior al de la catedral de Gerona, por ser regalo particular del mismo Oliva, como lo afirma el autor del *Gesta Comitum: Allare eodem modo construxit auro et argento et preciosis lapidibus nobiliter.*»

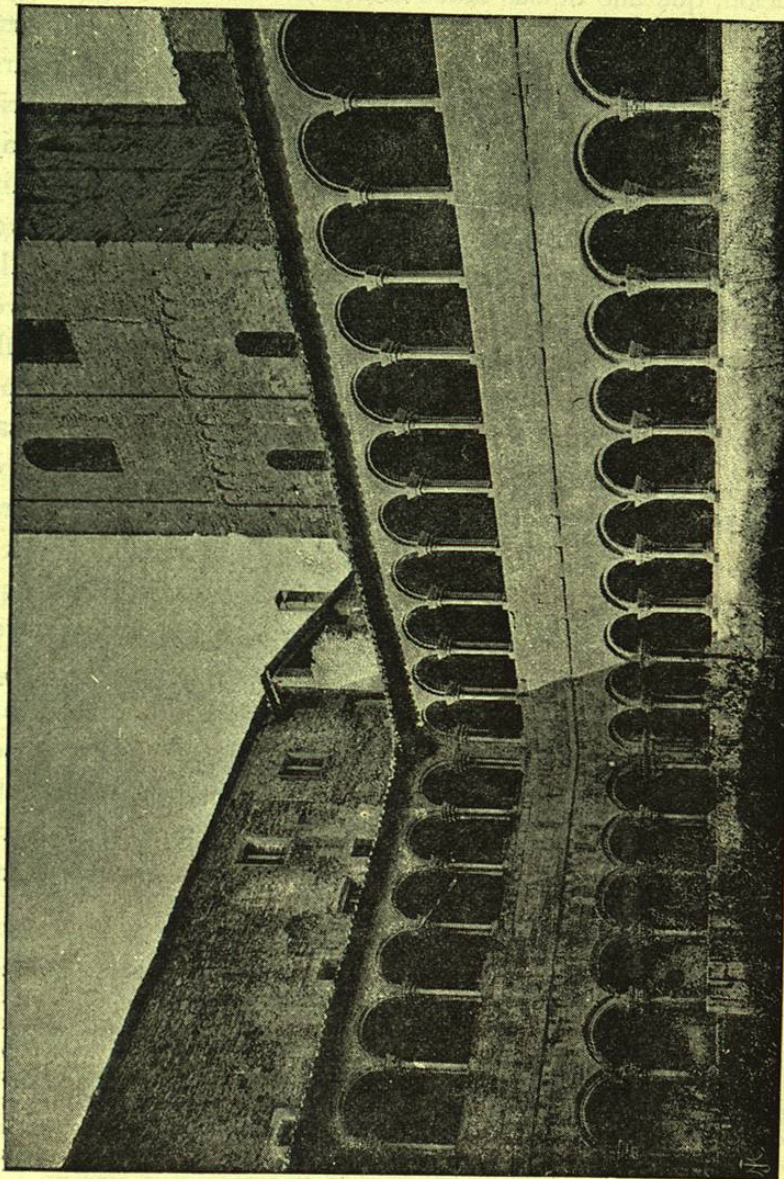
«Á más de la construcción del templo propiamente dicho y sus dependencias, aumentó Oliva de una manera extraordinaria el archivo, dotándolo de excelentes códices, entre ellos tres biblias completas y dos colecciones canónicas que representaban cincuenta años de trabajo continuo hecho por dos personas, y el *Psalterium argenteum*, escrito con letras de plata en finísima vitela sobre fondo morado, con las versales y epígrafes de oro, cerrando todas sus planas vistosas orlas con enlaces de oro y fantásticas serpientes. Acerca de este archivo se dice en una nota referente á Ripoll del tomo I de la primera edición de esta obra: «El archivo y biblioteca de Ripoll eran famosos entre todos los depósitos monumentales de Europa; entre los códices manuscritos había la vida de Carlomagno por el monje *Eginardo*, cartas, obras y homilias de los primeros padres de la Iglesia, biblias con paráfrasis en verso latino, la colección de las leyes godas ó Fuero-juzgo (manuscrito riquísimo del año 1010), tratados de gramática, de oratoria, de versificación, y aun de música y de matemáticas, crónicas en que estaban hacinados á manera de dietario los hechos principales de los reyes de Francia, y en particular los concernientes á Barcelona, el célebre *Gesta Comitum Barcinensium*, etc., primeros pasos de la Edad media hacia la civilización; pero dejando á un lado estos códices, cuya antigüedad ascendía en muchos al siglo x, y la copia y riqueza de documentos del archivo, sólo mencionamos de paso el salterio ó libro de salmos escrito en letras de plata sobre vitela morada, con las iniciales y epígrafes de oro en cada salmo, el cual á pesar de pertenecer al tiempo de Carlomagno ó al menos al de Carlos el *Calvo*, esto es al siglo xi, conservaba sus letras tan bellas é íntegras como si fueran recientes, cosa extraordinaria si se atiende á la poca consistencia que las de plata han tenido en los pocos monumentos semejantes al de Ripoll que hay en Europa. Este salterio siguió la suerte de todo el archivo, que devoraron las llamas; pero se salvaron los códices indicados, que desde la pasada época constitucional se hallaban depositados en el Archivo de la corona de Aragón.»

Fué Ripoll sagrado panteón de los príncipes de la casa condal, y en su recinto fueron enterrados del siglo ix al xii sus miembros más ilustres, desde Wifredo el Velloso, primer conde soberano, hasta Ramón Berenguer IV, que echó los cimientos de la gran monarquía catalano-aragonesa.

interés para el artista, y el coro del que no queda ya en pie sino el muro posterior, enriquecido con las últimas líneas de la decadencia del goticismo. Los sepulcros y los altares son accesorios que contribuyen poco al efecto arquitectónico del conjunto.

* Comunica la iglesia por siete ú ocho gradas con un claustro, cuyos ciento y doce arcos semicirculares, distribuidos desigualmente en cuatro lados y en dos pisos, descansan sobre elegantes columnas pareadas, de bases regulares y de capiteles bizantinos. Esta es sin duda la parte del monasterio que presenta más unidad, belleza y armonía. Ningún pilar, ni ninguna clase de estribo interrumpe las largas series de sus arcos; las líneas generales de la ornamentación son constantemente las mismas. Dos filetes en los extremos del intrados, semicírculos concéntricos en los paramentos y una muy pequeña columna en el punto de intersección de los semicírculos colaterales constituyen la decoración de todas las plenas cimbras; abacos ceñidos de molduras y terminados por dos líneas salientes, capiteles de iguales dimensiones, un collarino y una base compuesta de un plinto y un toro, la de todas las columnas; una sencilla línea corrida, la división entre las dos galerías. Toda la variedad de este claustro está sola y exclusivamente en los abacos y en los capiteles, poblados por el genio del escultor de follajes y entrelazos raros, de animales fantásticos y de un escaso número de figuras de personajes religiosos. Sólo por ellos, por la ejecución más delicada que en algunos se observa, por el adelanto que en los trajes presentan otros, puede conocerse que fué construído el claustro en dos épocas distintas; sin esas diferencias ¿cómo no habíamos de atribuir á un mismo siglo y aun á un mismo autor esa doble y soberbia galería, cuyo conjunto comprendemos de una sola mirada, cuyo efecto es en nosotros tan simple y tan completo (a)?

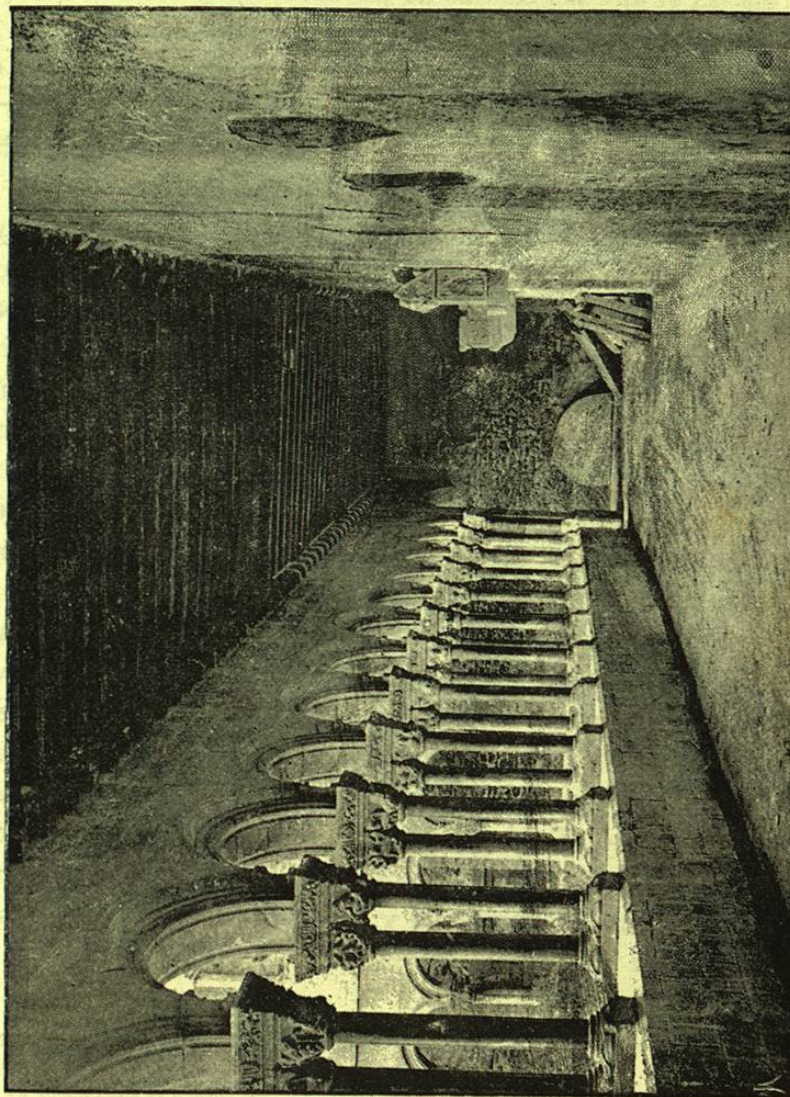
(a) Puso la primera piedra del mismo el abad Raimundo de Berga, que fué elegido en 1172, y continuaban las obras, que recibieron grande impulso, en tiempo del abad Galcerán de Besora, fallecido en 1383, dejando sólo por terminar el segundo piso.



RIPOLL.—CLAUSTRO DEL MONASTERIO

* Mas ¡ay! olvidaba que hasta aquí llegó la mano de la revolución, que uno de sus lados está en ruina casi completa, que sus techos ya no existen... ¡Cuán bellas son, sin embargo, estas ruinas, sobre todo para el que las contempla desde la ya destruida puerta bizantina que abre paso del claustro al monasterio! Por entre ellas se levanta orgullosamente uno de los más grandiosos y severos torreones romano-bizantinos, el campanario del monasterio, ceñido de un triple ventanaje y de cenefas de arquitos cegados, defendido por grandes almenas entre las cuales nos parece que aún vemos asomar á los agigantados héroes de su siglo. Al pié de la puerta yacen amontonados acá y acullá columnas, abacos, capiteles, escombros confusos cubiertos por los espinosos ramajes de las plantas rastreras... ¡ah! no vayas, viajero, á pisarlos con planta indiferente: bajo esos montones de ruinas están los sepulcros de los condes, las tumbas de nuestros antiguos reyes (a). ¿Te estremeces? ¡qué vergüenza! ¿ese es el monumento que han erigido nuestros contemporáneos á los que rompieron con su espada el yugo de los árabes? ¿á los que restablecieron con su sangre nuestra libertad é independencia? ¿Y no hay una mano que levante de entre los escombros los sepulcros? ¿Son ya nada para nosotros los recuerdos? ¿Es ya tan esplendoroso nuestro presente que no necesite de los brillantes reflejos de lo pasado?... Nós queda aún una esperanza: el egoísmo, la codicia harán quizás lo que no hizo hasta ahora el amor

(a). Hablándose de la salvación de esos venerados restos decíase en una nota al tomo I de la primera edición de esta obra, que trasladamos aquí: «El señor Don Próspero de Bofarull, con aquel celo que siempre ha manifestado por la conservación de nuestros monumentos, no perdonando medio para salvar de una total desaparición los restos de nuestros condes, sólo logró recoger los de Don Ramón Berenguer III el Grande, que encerró en una sencilla urna, cuyo remate figura una corona condal sobre una almohada carmesí, leyéndose en el frente esta inscripción: *Raimundus Berengarius III obiit XIV. K. Aug. A. D. M. C. XXXI*. Nos consta que el Sr. de Bofarull repetidas veces ha procurado se erija un sepulcro á este conde en la Catedral de Barcelona; pero entre tanto colocó la urna en la oficina del archivero, cuando desempeñaba este cargo con el celo é inteligencia á que el Archivo de la Corona de Aragón debe el orden y sabio arreglo que admiran á cuantos lo visitan, y sin los cuales nada son semejantes establecimientos.»

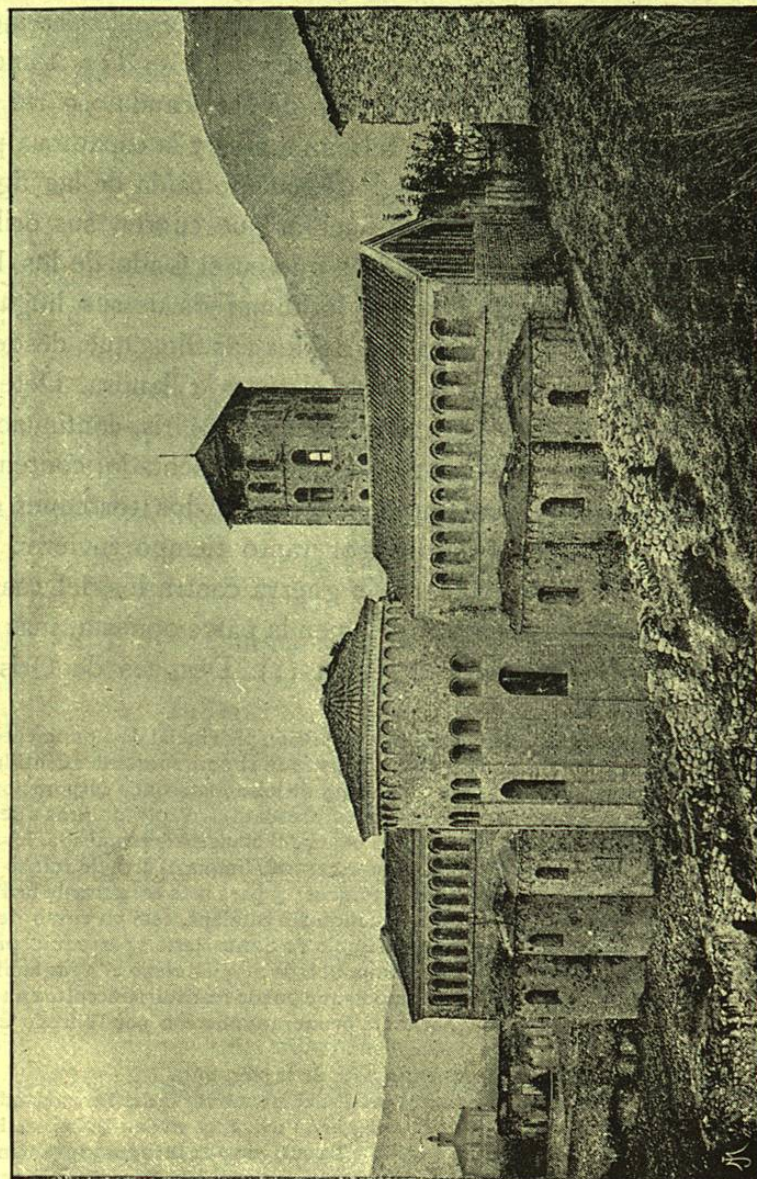


RIPOLL.—GALERÍA DEL CLAUSTRO DEL MONASTERIO

á nuestras glorias. Mas ¡ay! ¿quién sabe si cuando venga á sentarse algún establecimiento industrial sobre esas ruinas, serán arrojadas al aire las cenizas de los héroes y enterradas las piedras de sus tumbas entre los cimientos de la nueva fábrica?

* Más allá de la mentada puerta bizantina, apoyada en columnas de capiteles caprichosos, de cuyo doble arco concéntrico sólo quedan en pié dos anchas dovelas bellamente cinceladas, no se encuentra ya más que las casi arrasadas paredes de las que fueron casas de los monjes, desde las cuales puede aún gozarse de una de las más bellas perspectivas que ofrece la parte exterior del templo. Al lado de una grande ábside central, bajo cuya cornisa, sumamente sencilla, corre una orla de arquitos cegados muy profundos y una línea de cimbras descendentes sostenidas por pilares, están distribuídas otras seis ábsides menores, de formas y de adornos parecidos. Asoman encima de ellas los sombríos y elevados muros del crucero, adornados también de arcos en cuyo descenso constituyen dos frontones; y sobre todo este conjunto vese campear sola y con toda su imponente solemnidad la maciza torre que ayer despertaba el eco de los montes al són de sus campanas, y hoy no tiene siquiera voz para lamentar su propia ruina. Á la derecha de la iglesia ocupan lo más alto de un cerro las paredes de un molino á cuyo pié corren las aguas saltando precipitadamente al valle; á la izquierda pasa el Ter lamiendo las vertientes de montes escarpados; y en el fondo uno que otro techo, que se distingue confusamente entre la parroquia y la abadía, anuncia que existen aún restos de la desgraciada villa (a).

(a) Aumentada la ruina con el desplome en 1847 de toda el ala del claustro que lindaba con la pared del Capítulo y con el hundimiento de la bóveda central del templo que había ya desaparecido en 1860, se sintió la necesidad de emprender una restauración que pedían á voz en grito los ripollenses y cuantos visitaban aquellos venerandos restos y venía gestionando el digno conservador de los mismos Dr. Raguer. Empezó formalmente los trabajos una comisión de Barcelona presidida por el Excmo. Sr. D. Nicolás Peñalver, uno de cuyos miembros, el distinguido arquitecto D. Elías Rogent, formuló un proyecto completo de restauración (1861-63), ayudando á los gastos el municipio de Ripoll. Habiéndose



RIPOLL.—ÁBSIDE DEL MONASTERIO

* Este es el último espectáculo agradable digno de contemplarse en Ripoll: la vista de sus calles tortuosas y solitarias no llena sino de amargura el alma (a). Síguenos por ellas el viajero, y bajando hasta donde confluyen el Frezer y el Ter, tome el camino de Vich, abierto á la derecha de este caudaloso río (b). Admire al paso la fragosidad de los montes y la espantosa profundidad de sus despeñaderos, la frecuente caída de las aguas y la pintoresca situación de los pueblos que cubren sus orillas, la hermosura de las blancas aldeas que en el fondo de los bosques arrojan entre pinos y robles la humareda de sus hogares, el aspecto grave y amenazador de los castillos que desde la cumbre de algunos cerros dominan el río y la llanura. Detenga por algunos momentos sus miradas en el de Oris, continuación, al parecer, de las mismas rocas en que está sentado; contemple sus antiguos muros: contemple, sobre todo, los torreones cuadrados de sus ángulos en que por tanto tiempo tuvieron sus señores enarbolada la bandera de guerra contra los del castillo de Savasona, que asoma á lo lejos en la parte opuesta, más allá de las ruinas de la ciudad de Roda (1). Después de Oris no

después hecho cargo de la restauración la Comisión provincial de Monumentos de Gerona, ha ido invirtiendo en el monumento desde 1867 importantes cantidades, producto de las consignaciones del Gobierno y de los donativos de corporaciones y particulares. Hoy, gracias á tales reparaciones, presenta el templo íntegro y desembarazados sus siete ábsides, reconstruida el ala del claustro derrumbada, levantados los muros interiores que forman la nave central, limpia el área de ruinas y reunidos los mejores fragmentos arquitectónicos; y para más asegurar la brillante resurrección de ese monumento de la reconquista catalana, está en curso de tramitación el expediente para destinar el templo de Santa María á parroquia, proponiéndose en tal caso, tanto el Excmo. é Ilmo. Obispo de Vich como el Ayuntamiento de la villa, impulsar la restauración de modo que pueda restituirse al culto en 1888, fecha en que se celebraría el milenar de la primera fundación por Wifredo el Velloso.

(a) Recuérdese lo que decimos en la nota de la pág. 209.

(b) El camino de hierro, que sigue también el mismo curso del Ter, pasando generalmente por la orilla izquierda hasta llegar á Vich. Toca en San Quirse de Besora con su castillo, en San Feliu de Torelló villa antigua y en la industriosa Manlleu.

(1) Esta ciudad romana estuvo, al parecer, situada á la derecha del pueblo conocido hoy con el nombre de San Pedro de Roda, sito á las orillas del mismo río Ter. Quedan aún en aquel lugar restos de murallas y ruinas de edificios que lo acreditan, y en los archivos de Vich documentos que lo ponen fuera de toda duda. «Et sunt ipsas terras in comitatu Ausona, in termino de Roda civitate.... Et ipsa

encontrará ya más pueblos que los de la Gleba y San Hipólit, en cuyas rápidas y silenciosas cuestas apenas se oye más que el desagradable ruido de algún caballo que resbala en ellas brotando fuego bajo los hierros de sus plantas: penetre luégo en Vich.

Vich

Siempre los ojos del viajero reposan con placer en la llanura de Vich al descubrirla ceñida de montes, custodiada al sur por Montseny, cuya cumbre mira las lejanas torres de Barcelona, y al norte por las nebulosas cimas del Pirineo. Riégala en parte el Ter, que sólo asoma allí como para recoger el tributo que presurosas le traen las demás aguas de las colinas, y los pueblos y caseríos dispersos por ella destácanse con gracia sobre el tapiz de verdor que la alfombra casi toda.—Bien habrás visto, lector, alguna de esas aldeas compuestas de casas de labradores, que separadas unas de otras, preséntanse en medio de las huertas que cada una cultiva. Dos edificios se levantan en el centro de aquellas moradas de quietud y contentamiento: la una las domina con su torre pintoresca, abriéndose tal vez á su lado una blanqueada galería llena de las flores que cuida la mano pacífica del cura; y la otra ostenta en su frente aquellas diferencias levísimas, pero notables en la aldea, que distinguen entre todas la habitación heredada del médico, únicas necesidades del agricultor, que con el sudor de su rostro recoge el pan de la tierra; la salud del alma, que pocas veces da entrada al vaivén de las pasiones desenfrenadas y espera la paz de otra vida, y la salud del cuerpo, que el mismo trabajo robustece, y que

alia petia quæ est prope Roda civitate affrontat de oriente in flumine Tezer et de meridie in terra Sancti Petri de Roda... Et sunt hæc omnia in comitatu Ausone in appenditio civitatis Rodde» (Archivo capitular de Vich). Véanse las eruditas observaciones que en Agosto de 1833 publicó el canónigo D. Jaime Ripoll sobre estos documentos.